

La dialéctica Guillermina de *Fortunata y Jacinta*, o la primera “rata eclesiástica” de la Restauración

Scott Dale
Marquette University

Leer *Fortunata y Jacinta* (Pérez Galdós 1992 [1887]) de Benito Pérez Galdós es como introducirse en las vidas íntimas de los burgueses de los años posteriores a la Revolución de 1868 y del principio de la Restauración borbónica. Galdós —el paladín de la novela realista española— logra crear algo peculiar en su máxima novela: nos induce a suponer que él mismo quiso sugerir un cierto dualismo dialéctico con sus personajes, especialmente la polémica Guillermina Pacheco, que aparece por primera vez en el séptimo capítulo de la “Parte primera”, que se desarrolla en Madrid entre 1869 y 1874. El escritor canario utiliza las técnicas de su genio creador y ofrece al lector contemporáneo una reproducción convincente de la sociedad española decimonónica, es decir, una visión inmediata de la realidad histórica, social y política de dicha época. Pero en *Fortunata y Jacinta* también se observa la pluralidad de la realidad; quiere decirse que el autor emplea acercamientos sutiles que enriquecen el significado —aparentemente directo— del mensaje textual. La “santa” Guillermina, por ejemplo, es una compleja figura que plantea el problema del origen artístico y del mensaje socio-cultural. ¿En qué figura histórica está basada Guillermina? ¿Qué quiere sugerir Galdós con su reproducción novelística de ella? El objetivo artístico

insinuado por Galdós –reproducir la realidad– nos aclara estas preguntas en su sutil presentación de la dialéctica Guillermina Pacheco.

En el séptimo capítulo de *Fortunata y Jacinta*, titulado “Guillermina, virgen y fundadora”, se percibe que Guillermina tiene sus raíces en la vida de una persona de carne y hueso: Doña Ernestina Manuel de Villena (1830-1886), una famosa y respetada santa-fundadora madrileña que fundó asilos para huérfanos en Madrid durante los años setenta y ochenta (Braun 1970: 32-35). (No es una coincidencia que los apellidos de las dos correspondan con otro famoso fundador madrileño, Don Juan Pacheco, el marqués de Villena, el primer director de la Real Academia Española.) Galdós, de hecho, menciona en sus *Memorias de un desmemoriado* (1895) que conocía a la verdadera Ernestina y luego la elogió en sus “Santos modernos” (1886-1890). Sin embargo, aunque Galdós dijera en estas *Memorias* que esta gloriosa personalidad “merecía a todas luces la canonización” y que era una gran mujer cuya energía “era moralmente superior a la de los grandes capitanes”, esto no quiere decir que pensaba desarrollar en su futura novela un personaje exactamente igual con la misma atractiva personalidad y con los mismísimos valores (Pérez Galdós 1895: 99). Como ya ha observado Fernández Cifuentes, la apariencia está puesta en duda en la novelística galdosiana de la década de 1880 (Fernández Cifuentes 1988: 301). De hecho, su novelística histórica es muchas veces un retrato astuto de la realidad, una representación sutil de su mundillo, no siempre entendida por todos sus lectores. Como ha afirmado recientemente Brad Epps, en su artículo “Writing in Accessible Language: Benet, Goytisolo, Galdós”, la narrativa de Galdós no es tan accesible como parece (Epps 2000: 351). Lo que hace Galdós en *Fortunata y Jacinta*, por ejemplo, es edificar una pintoresca mujer de una etapa posterior –los primeros años de la Restauración borbónica–, una figura ficticia que moderniza hasta cierto punto a la misericordiosa Ernestina. En una palabra, el objetivo de Galdós –que ridiculizó lo romántico-folletinesco en “Un viaje redondo” (1861) y atacó el exceso de romanticismo y el idealismo desafortunado en sus “Observaciones sobre la novela contemporánea en España” (1870)– es reproducir un personaje parecido a la tímida santa-fundadora de carne y hueso, pero mucho menos idealista y mucho más contradictoria en cuanto a su carácter y sus valores.

El lector conoce de Guillermina Pacheco por primera vez en el sexto capítulo, titulado “Más y más pormenores referentes a esta ilustre familia”, con estas palabras: “Una joven perteneciente a los Morenos ricos casó con un Pacheco, aristócrata segundón, hermano del duque de Gravelinas, y de esta unión vino Guillermina Pacheco a quien conoceremos luego” (Pérez Galdós 1992 [1887]: 243). Y en el séptimo capítulo nos damos cuenta de que muchos de los detalles biográficos sobre “la de Pacheco” procederán del personaje oportunista, Zalamero, su “futuro biógrafo”:

Lo referente a esta insigne dama lo sabe mejor que nadie Zalamero, que está casado con una de las chicas de Ruiz-Ochoa. Nos ha prometido escribir la biografía de su excelsa pariente [Guillermina] cuando se muera, y entretanto no tiene reparo en dar cuantos datos se le pidan, ni en rectificar a ciencia cierta las versiones que el criterio vulgar ha hecho correr sobre las causas que determinaron en Guillermina, hace veinticinco años, la pasión de la beneficencia. Alguien ha dicho que amores desgraciados la empujaron a la devoción primero, a la caridad propagandista y militante después. (Pérez Galdós, op.cit.: 264)

Al leer estas líneas, el lector se entera de que ha habido múltiples “versiones” del pasado de Guillermina, que siempre ha sido una mujer enigmática o, por lo menos, una dama que ha tenido varios períodos de transición en su vida. Como indica Stephen Gilman, esto es una imagen típica y un recurso común en la novelística de Galdós, es decir, “a mirror whose images do not quite coincide with themselves, a mirror of multiple and conflicting reflections” (Gilman 1967: 15). El narrador galdosiano, por ejemplo, señala la existencia de múltiples versiones de otros personajes, así como las dos Fortunatas: “una de carne y hueso, otra la que Maximiliano llevaba estampada en su mente” (Pérez Galdós 1992 [1887]: 481). Zalamero, entonces, se encarga de recoger todos los “datos” de la de Pacheco para poder escribir una fiel biografía de su “ilustre vida” cuando muera. En la primera imagen de Guillermina, se percibe que, al parecer, es una mujer cómoda y segura de sí misma:

De cuantas personas entraban en aquella casa, la más agasajada por toda la familia de Santa Cruz era Guillermina Pacheco . . . entraba en aquella casa como en la suya, sin etiqueta ni cumplimiento alguno. Ya

tenía su lugar fijo en el gabinete de Barbarita, una silla baja; y lo mismo era sentarse que empezar a hacer media o a coser. (Pérez Galdós 1992 [1887]: 262-63)

Aquí es evidente que no es una simple obrera de la calle, ni una monja obsecuente, sino una señora bien respetada, una dama que disfrutaba de una vida holgada. El narrador nos informa que es una “ilustre señora, que era como una figurita de nacimiento, menuda y agraciada, la cabellera con bastantes canas, aunque no tantas como la de Barbarita, las mejillas sonrosadas, la boca risueña, el habla tranquila y graciosa...” (Pérez Galdós, op.cit.: 263). A primera vista, esta “ilustre señora” —que “respondía con donaire a todas las bromas sin enojarse nunca” (Pérez Galdós, loc. cit.)— parece que pudiera ser retrato fiel de la verdadera Ernestina Manuel de Villena.

Sin embargo, al leer las páginas siguientes en este mismo séptimo capítulo, nos damos cuenta de que la dialéctica Guillermina no es, en realidad, un fiel retrato de la auténtica Ernestina, sino la antítesis de ella y, más importante, un ejemplo de la contradicción entre la realidad y la apariencia. (Con el término *dialéctico* me refiero a la teoría de Hegel que, “prescindiendo del principio de contradicción, aplica al devenir de la idea el llamado *método dialéctico*; toda afirmación suscita necesariamente su propia negación” [Reoyo González 1999: 853].) Quiere decirse que muchas veces las semejanzas entre la realidad (Ernestina) y la apariencia (Guillermina) en Galdós son coincidencias y la unidad entre ellas es una impostura (Fernández Cifuentes 1988: 295). Guillermina es dialéctica porque Galdós pone la apariencia en duda. A continuación, veremos que son dos figuras —diferentes y semejantes al mismo tiempo— que se ocupan de dos vocaciones similares, pero con motivos distintos y durante dos épocas diferentes: Ernestina pertenece a la época de la Revolución de 1868; Guillermina, a la nueva burguesía de la Restauración. Para la de Pacheco, que siempre ha sido un “poquillo presumida” (Pérez Galdós 1992 [1887]: 264), lo de ser santa-fundadora le era un “oficio que [tenía] muchas quiebras” (Pérez Galdós, op. cit.: 266), un trabajo caracterizado, por ella, por la “caridad propagandista y militante” (Pérez Galdós, op. cit.: 264). En el séptimo capítulo, su futuro biógrafo, Zalamero, sugiere que a lo mejor el papel de ser santa-fundadora no correspondía al verdadero carácter de Guillermina, pues “no se reconocía con bastante paciencia para encerrarse y estar todo

el santo día bostezando el *gori gori*, ni para ser soldado en los valientes escuadrones de Hermanas de la Caridad” (Pérez Galdós 1992 [1887]: 264). Y, en cuanto a la espiritualidad individual, se observa que, en realidad, no mostraba nunca un espíritu contemplativo como el de la verdadera Ernestina Manuel de Villena. Guillermina –aunque “vestía muchos niños, daba ropa a los viejos, medicinas a los enfermos, alimentos y socorros diversos a todos”– también es una figura de contradicciones porque está metida mucho tiempo en sus “actividades iniciadoras que debían desarrollarse en la libertad”, no en el convento (Pérez Galdós, op. cit.: 264-65). Al final, se observa que la de Pacheco –para ser “santa”– tiene un “carácter inflexible y un tesoro de dotes de mando” y no parece ser una fundadora por excelencia (Pérez Galdós, op. cit.: 264).

La Guillermina de Galdós, entonces, no llega a ser una caricatura precisa de Ernestina –aunque algún crítico ya ha afirmado lo contrario–, sino una re-interpretación compleja y moderna, un personaje cuya virtud se presenta como un problema en la novela, una figura con intereses distintos, con motivos económicos y deseos materialistas. Además, sus contradicciones en el texto producen una gran posibilidad de interpretaciones y su significado no queda nada preciso. Para Francisco Caudet, esta tendencia galdosiana de “recrear” personajes históricos “desvela en profundidad la realidad” y es lo que mejor caracteriza la novelística de Galdós (Caudet 1992: 11). En una palabra, Guillermina ilustra que una santa-fundadora moderna de la Restauración borbónica vive en otra cultura aburguesada, donde los intereses y responsabilidades económicos –como los de reunir dinero para los asilos– parecen influir mucho más en las vidas diarias de las fundadoras. Como en otras obras galdosianas, las personas históricas parecen ser elementos fundamentales en la base y estructura de sus personajes ficticios, aunque sus representaciones novelísticas no produzcan siempre fieles retratos de ellas. Este acercamiento narrativo sugiere que siempre existe, al final, una contradicción entre la realidad y la apariencia dentro del universo ficticio de Galdós.

En los últimos treinta y cinco años se ha escrito bastante sobre la relación entre la auténtica Ernestina y su gemela novelística, Guillermina. Aunque esta relación sea menos importante que el signi-

ficado de la contradictoria Guillermina, es preciso mencionar que las conclusiones expuestas por Ángel Tarrío y Lucille Braun son discutibles en cuanto a las posibles intenciones de Galdós. Según Tarrío, por ejemplo, Guillermina es nada más que una “hada buena, una santa” (Tarrío 1982: 132). Braun, aunque reconoce que Galdós cambió algo de la personalidad de Ernestina, afirma que Guillermina representa las actitudes religiosas convencionales y morales y sugiere un posible paralelo con Santa Teresa (Braun 1970: 35-50). Por consiguiente, son debatibles estas dos interpretaciones y creo que, a continuación, se mostrará que el retrato galdosiano de la de Pacheco es, en realidad, una re-interpretación moderna y dialéctica de la verdadera Doña Ernestina Manuel de Villena.

Como ya se ha señalado, parece que Guillermina es, a primera vista, una interpretación fiel de Ernestina. Es una dama acomodada y filantrópica que —a modo de una “monja del mundo”— dedica toda su vida a afanes, a servir a los miserables. Más tarde, parece ser la encarnación del Bien en su propio mundillo diario y se la suele designar como la santa por excelencia. Pertenece al círculo de los Santa Cruz y es amiga y hasta “encubridora” de Jacinta. No obstante, en vez de comportarse como una fundadora misericordiosa con un espíritu profundamente cristiano como su homóloga histórica, ella, increíblemente, se comporta como una cleptómana interesada casi exclusivamente en el dinero. Al final, queda claro que Galdós problematiza la referencia a Ernestina; como indica Fernández Cifuentes, “given texts ... are a source of ‘doubt’ and ‘disturbance’” (Fernández Cifuentes 1988: 300). En casa de los Moreno, por ejemplo, Guillermina “se quita la máscara” y demuestra sus verdaderos intereses:

En cuanto Guillermina pescó lo que le faltaba para completar su cantidad, dejó la costura y se puso el manto. Despidiéndose brevemente de las dos señoras, atravesó el salón a prisa.

—¡A ésa, a ésa! —gritó Moreno—, sin duda se lleva algo. Caballeros, vean ustedes si les falta el reloj. Bárbara, que debajo de la mantilla de la rata eclesiástica veo un bulto . . . ¿No había aquí candeleros de plata? (Pérez Galdós 1992 [1887]: 279)

Su comportamiento casi pueril está muy lejos de la misericordiosa Ernestina. Hasta Guillermina se describe a sí misma así: “Ya me pueden llamar *perra judía*; lo mismo que si me llamaran la *perla de Oriente*; todo me suena igual” (Pérez Galdós 1992 [1887]: 267). La gran diferencia entre Ernestina y Guillermina es la siguiente: a ésta le falta la voluntad cristiana, la beneficencia y la caridad sincera y –al final– no puede considerarse como una auténtica santa altruista, sino una santa interesada, una burguesa roña que manga el dinero de sus colegas, compañeros y hasta personas que ni conoce. En fin, las numerosas contradicciones del personaje son evidentes.

En un momento de la novela, por ejemplo, Manolo Moreno llama a Guillermina una “rata eclesiástica”, por haberle mangado pesetas de su bolsillo del chaleco (Pérez Galdós, op. cit.: 273). Y Fortunata, después de encontrarse con su rival Jacinta, las confunde a las dos y opina de una manera franca sobre el discutible carácter de Guillermina: “¡Lo mismo que la otra, la señora del Espíritu Santo [Guillermina]! Doña Mauricia, digo Guillermina la Dura. Quiere hacernos creer que es Santa!” (Pérez Galdós, op. cit.: 198). La ambigüedad es evidente y tiene una función multifacética. Como sostiene Fernández Cifuentes, “a purpose of good literature ... is to expose that indefiniteness, that plurality, that ambiguity [of terminologies] ... figures, signs, words are better recognized by their imprecision, by their difficulty in carrying a specific meaning” (Fernández Cifuentes 1988: 290-291). Además, Guillermina, en el séptimo capítulo de *Fortunata y Jacinta*, se interesa más en los aspectos materiales de su mundillo –el dinero, su imagen pública y las obras en su asilo– que en los aspectos contemplativos y espirituales de la vida en un convento. Esta actitud materialista se percibe cuando hereda la casa después de la muerte de Manolo Moreno. Ella hipoteca la casa para obtener el capital necesario para terminar su asilo y deja a los pobres en la indigencia total. Como el señorito burgués Juanito Santa Cruz, ella se interesa mucho en lo superficial y en la apariencia –no en el interior, en el espíritu, en lo contemplativo. Aunque se observe la imagen angélica de Guillermina con sus “mejillas sonrosadas, su boca risueña y su habla tranquila y graciosa” (Pérez Galdós 1992 [1887]: 263), y aunque ella grite de vez en cuando, “¡Todo sea por Dios!” (Pérez Galdós, op. cit.: 275), siempre habrá que recordar sus

hechos, lo que hace en la novela. En sus acciones se percibe la contradicción entre la realidad y la apariencia dentro del universo ficcional de Galdós. Quiere decirse que la impecable imagen física de Guillermina —la “figurita de nacimiento, menuda y agraciada” (Pérez Galdós 1992 [1887]: 263)— no corresponde con la realidad: los hechos y valores piadosos de la verdadera santa-fundadora, Ernestina Manuel de Villena.

Es preciso mencionar tres momentos definitivos en la novela antes de seguir analizando el significado del carácter dialéctico de Guillermina. Primero, aunque Mauricia y Fortunata confían en Guillermina en Las Micaelas, y su supuesta habilidad de cuidar a los otros, las dos salen de la escena sin ayuda ninguna. Esto prueba que quizás la verdadera fe de Guillermina esté equivocada. Segundo, en la escena con los dos niños en la casa de los Santa Cruz —el primero, el supuesto; el segundo, el verdadero de Fortunata y Juanito—, Guillermina nos sugiere que preferiría cuidar al verdadero hijo Santa Cruz en vez del impostor. Estas palabras ilustran muy claramente sus preferencias clasistas, no su misericordia incondicional para todos. (Guillermina, una interesada burguesa de miras estrechas, tampoco es capaz de entender los problemas sociales de los barrios del Sur y adivinar por qué hay tanta pobreza en estas zonas madrileñas.) Finalmente, en la escena del lecho de muerte de Mauricia, Fortunata le revela a Guillermina la infidelidad de Jacinta, pero Guillermina está nada amistosa y le echa a Fortunata toda la culpa. Esta actitud ilustra que a Guillermina le cuesta mucho ayudar incondicionalmente a los otros en tiempos de crisis. Al final preguntamos, ¿es Guillermina —la supuesta santa-fundadora— capaz de ayudar a los otros, incluso a sus amigos, en los momentos más difíciles? ¿Qué quiere decir Galdós con esta enigmática mujer? Al final, Galdós quiere sugerir que la realidad tiene muchas imágenes; la realidad, como un espejo proteico, tiene muchos reflejos y perspectivas imprecisas.

La figura dialéctica de Guillermina es un personaje complejo; ella es artificio e invención pero, al mismo tiempo, está basada en la realidad histórica (Caudet 1992: 12). Parece ser una “hada buena” a primera vista —como afirma Tarrío— pero no lo es (Tarrío 1982: 132). Es, más bien, una ambiciosa santa “arribista,” una dama pesetera sin escrúpulos que siempre está dispuesta a triunfar a toda costa. Como

el personaje principal de *La desheredada* (1881), Isidora, Guillermina también sufre del encogimiento y la necesidad de probar su valor; al final, ambas figuras fracasan y no llegan a cumplir sus deseos (Fernández Cifuentes 1988: 300). Dice el narrador sobre el carácter dominante de Guillermina:

Era una mujer que cuando se proponía algo iba a su fin, derecha como una bala, con perseverancia grandiosa sin torcerse nunca ni desmayar un momento, inflexible y serena. Si en este camino recto encontraba espinas, las pisaba y adelante, con los pies ensangrentados. (Pérez Galdós 1992 [1887]: 264)

Se caracteriza por cierta “caridad propagandista, presumida y hasta militante” (Pérez Galdós, loc.cit.). Ella misma define su carácter roñoso así: “No veo más que mi objeto, y me voy derechita a él sin hacer caso de nada . . . desde aquel momento pediría a todo bicho viviente, iría de puerta en puerta con la mano así” (Pérez Galdós, op. cit.: 266-67). Cuando Guillermina, muy segura de sus motivos, dice que “la costumbre de pedir [le] ha ido dando esta bendita cara de vaqueta que [tiene] ahora,” el lector se da cuenta de que ella considera legítimo cualquier medio si sirve para conseguir su objetivo (Pérez Galdós, op. cit.: 267). Además, siempre está sacando dinero de sus conocidos sin aviso previo. Dice Moreno:

No hagan ustedes caso de esta rata eclesiástica [Guillermina] –indicó Moreno, sentándose entre Barbarita y Jacinta–. Me está arruinando. Voy a tener que irme a un pueblo porque no me deja vivir. Es que no me puedo descuidar. Estoy en casa vistiéndome . . . siento un susurro, algo así como paso de ladrones; miro, veo un bulto, doy un grito... Es ella [Guillermina], la rata que ha entrado y se va escurriendo por entre los muebles. Nada; por pronto que acudo, ya mi querida tía me ha registrado la ropa que está en el perchero y se ha llevado todo lo que había en el bolsillo del chaleco. La fundadora, atacada de una hilaridad convulsiva, se reía con toda su alma. (Pérez Galdós, op.cit.: 273)

Pero si el sacrificio personal es el fin de la ética cristiana –y Galdós mismo dijo que el espiritualismo es el que más se acerca a una solución social–, Guillermina no puede considerarse honestamente como una verdadera santa (Fuentes 1989: 46). Como afirma Anthony Zahareas en su capítulo del libro *Fortunata y Jacinta de Benito*

Pérez Galdós, Guillermina tiene unos “rasgos religiosos muy atractivos –sobre todo porque se caracteriza por una cierta energía ardiente y dinámica– pero, dentro de la novela, esta actitud religiosa no es plausible por ser demasiado general y muy separada de los inmediatos y urgentes problemas de los miserables” (Zahareas 1986: 124). Ella queda distanciada del amor mundano y esto es aún otro problema en su paralelismo con Ernestina o la ficticia Benina en otra novela galdosiana, *Misericordia* (Pérez Galdós 1991 [1897]).

En realidad, la señora Pacheco no pertenece de buena gana a ninguna religión ortodoxa. Ella tiene su propia religión materialista –aunque el personaje ficticio diría todo lo contrario–, principalmente porque le falta la caridad sincera, un comportamiento altruista y un profundo espíritu cristiano. Al final vemos en Guillermina la degradación total de la imagen de Ernestina. Fijémonos en otro manguero suyo, cuando Guillermina sube al segundo piso de una casa madrileña; dice ésta:

Veremos si les saco algo [dinero]. Hija, me llenaron de injurias, y una de ellas se fue hacia dentro y volvió con una escoba para pegarme. ¿Qué creen ustedes que hice? ¿Acobardarme? Quiá. Me metí más adentro y les dije cuatro frescas . . . pero bien dichas . . . ¡Bonito genio tengo yo . . . ! ¡Pues creerán ustedes que les saqué dinero! (Pérez Galdós 1992 [1887]: 267)

Se percibe que su “caridad” es impersonal sin ningún sentimiento auténtico y sólo tiene obligaciones externas en su “religión.” Además, Guillermina rechaza la oportunidad de vivir en un convento, denuncia el aspecto místico y contemplativo de la cristiandad y nunca piensa en la religión como fenómeno interior. El narrador de *Fortunata y Jacinta* define bien los auténticos valores e intereses de Guillermina, que “no pensó nunca en afiliarse a ninguna de las órdenes religiosas más o menos severas que hay en el orbe católico” (Pérez Galdós, op.cit.: 264). Quiere decirse que su propia “cristiandad” es bastante limitada. Rechaza toda teoría cristiana en favor de fines prácticos pero no se interesa por sus inquilinos. Galdós, en pocas palabras, interpreta la vida y actitud de Guillermina según sus propias ideas religiosas, es decir, las de la nueva burguesía de la Restauración. Para el novelista canario, ella representa un nuevo tipo de santa-fundadora, muy distinta a la de los años anteriores a la Restauración borbónica. (Como ya ha señalado Caudet, la acción de

la novela galdosiana se desarrolla entre 1869 y 1876 pero se escribió entre 1885 y 1887, lo cual añade una nueva dimensión temporal; quiere decirse que la perspectiva histórica desde la que contempló Galdós el tiempo de la acción ha de tenerse igualmente en cuenta [Caudet 1992: 25].) Y, aunque John Sinnigen proponga, en su ensayo del libro *Fortunata y Jacinta de Benito Pérez Galdós*, que Guillermina es una representante de la “religión tradicional,” no nos podemos olvidar que Guillermina carece de la riqueza interior necesaria para considerarse como una figura tan misericordiosa como la santa madrileña de carne y hueso, Ernestina Manuel de Villena (Germán Gullón 1986: 86). A fin de cuentas, lo que consigue Galdós es una intensa penetración y problematización de la representación (Guillermina) de lo real (Ernestina). La relación entre ser y significado queda precaria.

Según Menéndez y Pelayo, *Fortunata y Jacinta* es un libro que da la ilusión de la vida. (La palabra “ilusión” viene del latín *ludus* y significaba “jugar” o “juego”.) Y ésta es precisamente la perspectiva que toma Galdós en su creación novelística de Guillermina. El novelista expresa su seriedad por medio de su tono guasón e infiere que el arte de escribir novelas siempre será un gran *trompe d’oeil*. Se puede definir el realismo examinando el lenguaje utilizado para crear la ilusión –para darnos la imagen total de la vida– sin recurrir a la realidad, es decir, a la impresión de verosimilitud que produce el texto en cada lector. Según Peter B. Goldman, en su capítulo del conocido libro *Conflicting Realities: Four Readings of a Chapter by Pérez Galdós*, “la ambigüedad –como la de Guillermina– es una función importante de la visión dialéctica” (Goldman 1984: 135). Y es precisamente esta técnica galdosiana que apoya su mensaje implícito contra lo castizo, la religión tradicional y el pensamiento secular. Su inspiración procede de la realidad social de la Restauración y, por consiguiente, no crea personajes simbólicos, sino figuras que imitan, re-interpretan y transfiguran las de la realidad. Galdós toma la figura histórica, idealista y hasta romántica de Ernestina y la “transfigura” en un personaje más moderno y realista: Guillermina Pacheco. Según Francisco Caudet, esta “transfiguración” de la vida real tiene un papel fundamental en las novelas realistas de Galdós:

La novela realista, a fin de cuentas, tiene una naturaleza que se manifiesta transfigurando la realidad, poniendo objetos que no son pero

son la vida. La novela realista –transposición imaginaria de la realidad– depende artísticamente del modelo en el momento de su génesis y de su composición. (Caudet 1992: 21)

Galdós, por ejemplo, le da a su Guillermina ficticia varias carencias interiores –como las que hemos visto arriba– y se imagina un personaje memorable y verosímil, aunque sea una gran ilusión de una admirable persona histórica como Ernestina. En el fondo, era esto lo que pensaba Galdós cuando decía, “el estilo es la mentira; la verdad mira y calla”.

El “espíritu” y el “alma” son categorías que juegan un papel importante en la novelística realista de Galdós, sobre todo en el séptimo capítulo de *Fortunata y Jacinta*. Y, por eso, creó la condición dialéctica de Guillermina, pues ella también es, hasta cierto punto, una encarnación de la polémica religiosa de la Restauración. En una escena inolvidable, por ejemplo, vemos a Guillermina en el papel de “tentadora” –la víspera de la boda de Fortunata–, donde estaba “despertando en su alma instintos de dulce perversidad” (Pérez Galdós 1992 [1887]: 266). En otra escena semejante, Manolo Moreno describe su carácter soplón: “Es ella [Guillermina], la rata que ha entrado y se va escurriendo por entre los muebles” (Pérez Galdós, op. cit.: 273). En pocas palabras, la de Pacheco –una mujer que siempre ha sido capaz de “sobrepujar a sus compañeras” (Pérez Galdós, op. cit.: 265)– no es una santa divina, sino una falsa imagen de santa con inclinaciones materialistas. El Padre Nones la resume con estas palabras: “Cabeza trastornada... ¡Pobrecita! Dice que es ángel... Dios lo verá!” (Pérez Galdós, op. cit.: 267). Galdós pinta la ilusión de una santa misericordiosa pero, como doña Lupe, Guillermina sólo intenta ser lo que no es y lo que nunca será. (La falsedad de doña Lupe es simbolizada por su pecho artificial.) La realidad es que Guillermina –la *rata eclesiástica*– simplifica demasiado las doctrinas católicas y queda como una figura artificial y enigmática. Es, al final, lo que no parece ser.

Está claro que, en el séptimo capítulo de *Fortunata y Jacinta*, Galdós nos ha creado un gran texto donde la imagen contradice la realidad. Quiere decirse que el aspecto superficial de Guillermina no corresponde a su verdadero interior. Como un hábil novelista realista, Galdós –con los ojos muy abiertos– refleja la compleja realidad

de la vida humana, no un retrato ideal. Castellet sugiere, en su obra *La hora del lector*, que el lector contemporáneo ya no busca verdades objetivas en la literatura; prefiere encontrar una respuesta auténtica en la situación ficticia planteada (Castellet 1957: 89). Es decir que hay una clara distancia —a veces un conflicto— entre el narrador y el lector de *Fortunata y Jacinta*. Por ejemplo, aunque la “santa” Guillermina es conocida en su mundillo burgués como una dama misericordiosa y católica, el lector perspicaz comprueba la distancia existente entre esa imagen y la realidad. El narrador galdosiano nos da una pista sobre su verdadero ser al indicar, “Es que hay en la naturaleza humana un vicio de mendicidad; eso no tiene duda” (Pérez Galdós 1992 [1887]: 239). Vista con los ojos del grupo social de la Pacheco, ella parece una “ilustre fundadora” de gran caridad. Pero para el lector avisado, Guillermina es un personaje que vive “entre dos identidades”, una figura difícil de encapsular, muy semejante a la escurridiza figura de Fortunata. Según Epps,

Fortunata es un sujeto en proceso pedagógico. Para el lector, sobre todo el lector crítico, ella también es un sujeto de estudio, lugar de significado narrativo, de conocimiento. Las relaciones etimológicas entre narración y conocimiento (narrare, de gnarus, ‘conocimiento’) no son ajenas aquí. (Epps 2000: 373; traducción mía del inglés)

Para entender a la “verdadera Guillermina” hay que estudiar su comportamiento con los otros, su actitud hacia los demás, sus obras y los hechos de su vida. Como dice Ricardo Gullón, en el libro *Fortunata y Jacinta de Benito Pérez Galdós*, es preciso atender a los hechos más que a las palabras cuando analizamos la literatura realista (Germán Gullón 1986: 197). Y Charles Dickens, en la misma línea galdosiana, dijo casi lo mismo en sus *Tiempos difíciles* (1860): “hechos, hechos y nada más que hechos”.

Un buen ejemplo de otro conflicto dialéctico en *Fortunata y Jacinta* es el hecho de que Guillermina —una mujer bastante atractiva— tiene varios rasgos masculinos. Su apariencia exterior nos dirá el contrario pero queda bastante claro: su carácter varonil no corresponde a su imagen femenina, la “figurita de nacimiento, menuda y agraciada, con las mejillas sonrosadas, la boca risueña y el habla tranquila y graciosa” (Pérez Galdós 1992 [1887]: 263). El narrador nos indica esta contradicción en Guillermina en la “Primera parte”: “No nació

aquella [Guillermina] sin igual mujer para la vida contemplativa. Era un temperamento soñador, activo y emprendedor; un espíritu con ideas propias y con iniciativas varoniles” (Pérez Galdós, 1992 [1887]: 264). El hecho de que la de Pacheco nunca ha amado –por eso se llama el capítulo “Guillermina, virgen y fundadora”– y que su carácter es más bien masculino eclipsan los pocos rasgos femeninos que posee. En resumen, su verdadera naturaleza se caracteriza por su comportamiento dominante, agresivo y varonil y esto no le permite vivir como una mujer o santa tradicional, bajo las normas sociales del siglo XIX español.

No sería extravagante afirmar que la figura dominante y dialéctica de Guillermina es también la antítesis de Fortunata. En primer lugar, mientras que Fortunata representa hasta cierto punto los valores tradicionales del pueblo español –los de la República y antes–, Guillermina simboliza valores contemporáneos de la Restauración. En esta escena del capítulo X, titulado “Más escenas de la vida íntima”, se observan los valores arquetípicos de Fortunata: “Usted [Fortunata] no puede tener principios porque es anterior a la civilización; usted es salvaje y pertenece de lleno a los pueblos primitivos” (Pérez Galdós, op. cit.: 407). En términos generales, Fortunata es la encarnación del espíritu tradicional del pasado y la figura contemporánea de Guillermina es la encarnación del nuevo materialismo de la década de 1880. Aunque Guillermina continúa cuestionando la “angelicalidad tradicional” de Fortunata, el lector se da cuenta de la ironía empleada por Galdós: la realidad –a veces– es precisamente lo contrario. Guillermina, aparentemente, es muy diferente de lo que parece ser. En el mismo capítulo X, el narrador sugiere que la admirable Fortunata del pueblo tradicional posee y simboliza lo que le falta a Guillermina y a la nueva burguesía española de los años 1880:

El pueblo en nuestras sociedades, conserva las ideas y los sentimientos elementales en su tosca plenitud, como la cantera contiene el mármol, materia de la forma. El pueblo posee las verdades grandes y en bloque, y a él acude la civilización conforme se le van gastando las menudas de que vive. (Pérez Galdós, loc. cit.)

Guillermina y Fortunata interpretan y consuelan cada una con su propio tipo de caridad; la de Guillermina es impersonal y materia-

lista; la de Fortunata, personal y humana. Y el mensaje sugerido es éste: los valores que posee Guillermina no parecen ser la respuesta de los nuevos problemas sociales de la España durante la Restauración. Para Peter A. Bly, “sólo Fortunata puede abrir la puerta a la nueva España” (Germán Gullón 1986: 107).

En *Misericordia* (Pérez Galdós 1991 [1897]) —diez años después de la publicación de *Fortunata y Jacinta*, ya en el “período espiritualista” de Galdós—, un grupo de indigentes confunden Benina, tan poco santa vista desde fuera pero una encarnación vivísima de caridad por dentro, por Guillermina. Los personajes de esta novela tampoco saben del verdadero carácter de Guillermina —sólo tienen la perspectiva limitada de su supuesta “cristiandad”, como los de *Fortunata y Jacinta*. Pero el lector perspicaz se da cuenta de la “otra cara” de la de Pacheco y se entera de la ironía galdosiana en esta escena de *Misericordia*. La ironía es que Benina no parece una santa, físicamente, y Guillermina, sí. Pero por dentro —es decir espiritualmente— las dos contradicen la una a la otra. Entonces, Guillermina —en los ojos del lector perspicaz— tampoco puede considerarse una figura paralela a la de la admirable Benina de *Misericordia*. Sabemos que Benina es una verdadera santa, un ser humano perfecto. (No olvidemos que en el Salmo “69:16” de la *Biblia*, por ejemplo, se escribe “Jehová [...], benigna es tu misericordia”.) Está claro que la Benina galdosiana, aunque pobre, tiene la fe, la esperanza y, por supuesto, la sincera caridad para considerarse una auténtica santa misericordiosa. Guillermina, sin embargo, no llega al nivel de Benina y queda reducida como un personaje señalado y viciado con los nuevos valores de los años 1880: el materialismo, el “consumismo,” el vacío espiritual y la superficialidad.

Entonces, si la de Pacheco representa los valores de la nueva burguesía borbónica, también simboliza el estado psicológico y los problemas de la libertad de los españoles de la Restauración. La crítica social del novelista canario y la búsqueda de valores renovados resultan ser inseparables en la novelística galdosiana. Como en *La desheredada*, publicada seis años antes de *Fortunata y Jacinta*, Galdós transpone la belleza de sus personajes (Isidora y Guillermina) de un mundo de significación elevada a un mundo de valores degradantes (Fernández Cifuentes 1988: 307). Como había insinuado en 1897 en su discurso de ingreso a la Real Academia Española, Galdós escribe

sobre y desde la burguesía pero, al mismo tiempo, escribe *contra* esta misma burguesía (Caudet 1992: 22-27). El novelista consideraba que la polémica principal de la Restauración se centraba en el problema religioso que perturba los hogares. Y Guillermina es el personaje que mejor simboliza estas contradicciones y preocupaciones espirituales. Casi todos los personajes de *Fortunata y Jacinta*, de hecho, internalizan los problemas de la religión, la libertad y hasta el anarquismo de entonces. Guillermina, cuando se refiere al problema de la auténtica caridad y libertad en su sentido peyorativo y burgués, nos está ofreciendo un comentario social sobre la nueva etapa de la Restauración. La de Pacheco, por más problemática y contradictoria que sea, es una figura clave para entender el mensaje universal de Galdós.

Se puede sugerir que la presentación dialéctica de Guillermina en *Fortunata y Jacinta* nos invita también a aludir a la teoría de semiología de Paul de Man, Charles Sanders Peirce y otros críticos “deconstruccionistas”. Según esta perspectiva teórica, toda la escritura galdosiana se centraría en su propia actividad como un lenguaje y este lenguaje siempre sería resbaladizo, iridiscente, imposible, en fin, no sería fidedigno. Más aún, esta perspectiva hace estallar el mito de la correspondencia semántica entre el signo y referente y propone la idea de que la interpretación de un signo no es un significado, sino otro signo (De Man 1979: 15-25). Por ejemplo, el grupo social al que pertenece Guillermina tendría su propia interpretación de *rata eclesiástica* y el lector también tendría la suya. Las dos interpretaciones derivan del mismo signo y referente –Guillermina misma–, pero los dos puntos de vista no se complementan. El acercamiento galdosiano –la técnica novelística basada en el lema “el estilo es la mentira; la verdad mira y calla”– crea una realidad interna de cada personaje y una verosimilitud total dentro de su mundo novelístico. Quiere decirse que, en cuanto a la verdadera interpretación de la figura de Guillermina, sería prudente analizar el texto y los hechos recordando estas palabras de Galdós mismo para llegar a una interpretación adecuada, para siempre referirse a la “realidad interna” y la “verosimilitud total.”

En resumen, aunque exista todavía una polémica crítica acerca del significado de la figura de Guillermina, creo que ya podríamos afirmar que el personaje dialéctico también tiene escondido un men-

saje socio-histórico sobre los nuevos valores de la Restauración. Es cierto que este personaje es muy complejo y contradictorio y merece toda la atención crítica que reciba. Pero no olvidemos que todo esto es gracias a las técnicas galdosianas; su genial novelística edifica un mundillo artístico donde sus personajes siempre inspiran múltiples interpretaciones críticas, numerosos análisis que enriquecen la calidad de su obra. Aquí el significado del signo (Guillermina) queda impreciso y esto es reflejo fiel de la realidad en que vivimos. La realidad interpretativa de Guillermina –la santa burguesa con escrúpulos materialistas– no es accesible por otro medio que el lenguaje genial de Galdós y sería imposible poner a prueba la “veracidad” o “transparencia” de lo dicho si el sutil lenguaje no nos facilitara el medio de hacerlo. El empleo de la mimesis en la caricaturización de Guillermina es un ejemplo excelente de uno de los principios fundamentales en el arte de la novela realista española. Guillermina se convierte en la personificación de la relación precaria entre el ser y el significado y las imprecisiones del lenguaje, es decir, la impresión plena de la verosimilitud.

BIBLIOGRAFÍA

Braun, Lucille V.

- 1970 "Galdós' Re-creation of Ernestina Manuel de Villena as Guillermina Pacheco". *Hispanic Review* 38. 1: 32-55.

Castellet, José María

- 1957 *La hora del lector*. Barcelona: Seix Barral.

Caudet, Francisco, ed.

- 1968 "Introducción". En Pérez Galdós 1992 [1887]: 11-91.

De Man, Paul

- 1979 *Alegorías de la lectura*. Barcelona: Lumen.

Epps, Brad

- 2000 "Writing in Accessible Language: Benet, Goytisolo, Galdós". *Revista de Estudios Hispánicos* 34: 351-90.

Fernández Cifuentes, Luis

- 1988 "Signs for Sale in the City of Galdós". *Modern Language Notes* 103. 2: 289-311.

Fuentes, Víctor

- 1989 "El realismo integral de *La Regenta* y *Fortunata y Jacinta*". *Hispanic Review* 57. 1: 43-55.

Gilman, Stephen

- 1961 "La palabra hablada en *Fortunata y Jacinta*". *Nueva Revista de Filología Hispánica* 15: 542-560.

- 1966 "The Birth of *Fortunata*". *Anales Galdosianos* 1: 71-83.

- 1967 *The Tower as Emblem*. Frankfurt: Analecta Romanica Heft.

Goldman, Peter B., ed.

- 1984 *Conflicting Realities: Four Readings of a Chapter by Pérez Galdós F (Fortunata y Jacinta, Part III, Chapter IV)*. Londres: Tamesis.

Gullón, Germán, ed.

- 1986 *Fortunata y Jacinta de Benito Pérez Galdós*. Madrid: Taurus.

Gullón, Ricardo

1970 "Estructura y diseño en *Fortunata y Jacinta*". En *Técnicas de Galdós*. Madrid: Taurus. 175-232.

Marcelino Menéndez y Pelayo, José María de Pereda y Benito Pérez Galdós

1897 *Discursos leídos ante la Real Academia Española [en las recepciones públicas del 7 y 21 de febrero de 1897]*. Madrid: Tello.

Pérez Galdós, Benito

1992 [1887] *Fortunata y Jacinta*. Ed. Francisco Caudet. 2 vols. Madrid: Cátedra.

1991 [1897] *Misericordia*. Ed. Luciano García Lorenzo. Madrid: Cátedra.

1895 "Santos modernos." En *Cronicón II, 1886-1890*. Madrid: Renacimiento.

Reoyo González, Carolina, ed.

1999 *Nuevo Espasa Ilustrado*. Madrid: Espasa Calpe.

Rodríguez Puértolas, Julio, ed.

1989 *Galdós, en el centenario de 'Fortunata y Jacinta'*. Palma de Mallorca: Prensa Universitaria.

Tarrío, Ángel

1982 *Lectura semiológica de Fortunata y Jacinta*. Gran Canaria: Cabildo Insular.

Vales Failde, Javier

1908 *Ernestina Manuel de Villena*. Madrid: Asilo de Huérfanos del S. C. de Jesús.